

AÑO XXII.—NÚM. 6221

8 DE MARZO DE 1882.

REDACCION MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Miércoles 8 de Marzo de 1882.

DE LA ASTRONOMIA.

¿Hay en todos los cuadros de la naturaleza un espectáculo tan bello, imponente y grandioso como el de la contemplación de un cielo estrellado durante una noche tranquila y silenciosa?

En estos mismos momentos, en esta época del año, tan desheredada bajo otros conceptos, cuando la noche es pura, brillan maravillas sobre nuestras cabezas, Júpiter luce como un diamante espléndido, y desde tres meses acá los ojos más indiferentes han debido notar su brillo sin rival.

A la derecha de Júpiter percíbese Saturno, el asombroso planeta, circundado por un prodigioso anillo.

A la izquierda, hacia los gemelos Cástor y Poloux, brilla con una luz siniestra el rojizo Marte, pequeño mundo que parece ser una miniatura de la tierra por lo mucho que se nos parece por su climatología y geografía.

Encima de Júpiter centellea el melancólico grupo de las pléyedas, en el que las buenas vistas distinguen seis estrellas; las vistas excelentes siete ocho y nueve, y las vistas extraordinarias cuentan hasta catorce: seis mil años hace que sirve esta constelación para hacer la prueba del alcance de la vista.

En fin, señalemos aún debajo de Júpiter la gigantesca constelación de Orion con los tres reyes magos, y aún más abajo la esplendente Sirio, la más hermosa estrella de todo el cielo, Sol dos mil veces más voluminoso que el que nos ilumina, el cual es á su vez 1.280.000 más grande que la tierra.

Es mucho menos difícil y mucho más agradable de lo que se piensa formarse una idea general bastante completa del aspecto del cielo estrellado, conocer los nombres de las constelaciones y las estrellas principales, aprender su historia y darse cuenta de la constitución del universo.

No necesita más tiempo, ni más atención una persona inteligente para enterarse de la geografía del cielo que para leer una novela y seguir sus varias peripecias.

En efecto; se imaginan los hombres en general que á la simple vista se perciben millones de estrellas. Y en realidad no hay más número de estrellas importantes por conocer en el cielo que habitantes en un pueblo.

En la noche más serena no se ven á la simple vista más que unas 3.000 estrellas, y sólo con un certenar que

se conozcan lense de corrido las grandes páginas del libro del cielo, viviéndose de allí en adelante en medio de un universo conocido, en vez de continuar dormitando ante un enigma permanente.

Es extraño en verdad y hasta inconcebible, que desde los primeros días de la humanidad hasta nuestra época, los habitantes de nuestro planeta vivieran sin saber siquiera dónde se hallaban. Es incomprendible también que en el preciso momento en que escribimos estas líneas, haya aun 99 personas de cada 100 que ignora que la tierra es un astro del cielo, y que vean cada noche desplegarse sobre su cabeza la bóveda estrellada, sin haber aprendido jamás el nombre de una estrella, de una constelación, y sin poder apreciar este inmenso panorama, en medio del cual trascurren nuestras existencias terrestres.

Tenemos en torno nuestro, en todas las clases sociales, seres humanos que permanecen, cosa inaudita, en el estado de ciegos voluntarios, no sabiendo ni sospechando nada. Hay para quedar estupefacto. Más ante los crecientes progresos de la instrucción positiva podemos esperar que está próximo el día en que los habitantes de nuestro planeta cesarán de ser extraños en su propia patria y vivirán en medio del cielo en espíritu y en cuerpo. Nadie osará vivir sin conocer la geografía del cielo como nadie se atreve á vivir ahora sin conocer la de la tierra. Una es el complemento de otra, y hasta es debe reconocer que la primera importa más á la instrucción integral de nuestros espíritus, como también á su ilustración general y á su valor filosófico.

Toda ilustración debiera principiarse con el conocimiento positivo de los elementos del universo.

Hasta el presente háse seguido un método absolutamente opuesto á la verdad. En todos los países más civilizados de nuestro planeta la educación comienza con la historia... del universo...? No.—¿De la tierra? No.—¿De la naturaleza? No.—¿De la humanidad? No.—¿De la Europa? No... con la historia de un pueblecito batallador que pasó el mar Rojo á pié enjuto, entre dos murallas de agua verticales, y que para degollar y ser degollado, un par ó tres de horas más, obtuvo un día de su dios la detención del Sol.

Más ya se ha apercibido el hombre que había errado el camino. Cada cual reconoce hoy, así que llega á la edad del juicio, que tiene que rehacer toda su instrucción. Entramos los hombres en la era científica, y muy pronto no será una excepción haber estudiado, sino que todo el mundo sabrá.

Día vendrá en que cada cual re

conozca con sus propios ojos el puesto que ocupamos en el universo, denominará á las constelaciones que por todas partes nos rodean, sabrá que todos esos puntos luminosos, estrellas ó planetas, son soles ó mundos, en una palabra, estará convencido por la evidencia misma del saber, que nosotros habitamos un verdadero cuerpo celeste análogo á sus vecinos del archipiélago sideral: que todos los astros, y entre ellos nuestra mansión, son arrastrados, con velocidades considerables en todas direcciones de la inmensidad; que el aspecto de los cielos cambia con los siglos como el de la tierra; que todo se mueve dentro del ignoto destino; que la vida es universal y eterna, y que nosotros somos una tribu intelectual gravitando con nuestros hermanos en el espacio sin fin.

Si tales conocimientos estuviesen difundidos, el mismo Senado tuviera ideas menos mezquinas y timoratas las peregrinaciones á Roma y Lourdes encontrarían menos adeptos, y en vez de una capilla inspirada por la beata María Alacoque, inventora del Sagrado Corazón de Jesús, coronaría á Montmartre, observatorio popular en cuyo cimborio el escultor Bartholdi mostraria en la estatua trasfigurada de Galileo la nueva libertad iluminando al mundo.

Y yo pregunto á todos aquellos que han principiado á adquirir someras nociones de estudios naturales, á cuantos han probado el fruto del árbol de la ciencia: ¿hemos pasado jamás horas más encantadas, más tranquilas y deliciosas que las que consagramos al conocimiento de tan sublimes maravillas?

¿Puede el ánimo experimentar una dicha superior á la que nos procura la indagación de la verdad? No campean en ello intereses personales, ni sentimientos egoístas más ó menos disfrazados, ni placeres materiales ni impresiones fugaces, ni deseos acompañados de pesares como en todos los actos de la vida humana hoy tan solo la ascensión permanente y progresiva del espíritu hacia la luz.

Si, confesémoslo sin falsa modestia; nosotros solos, los que estudiamos el universo, que examinamos donde estamos, que llamamos á las estrellas por sus nombres, que sabemos que la tierra es una isla flotante en los cielos; nosotros solos vivimos realmente la vida intelectual; todos los demás no saben siquiera por dónde andan, todos los demás llevan la cara vendada; son unas simples hormigas que se agitan seriamente en los callejones de un hormiguero.

Pueden ser bondadosos, ser útiles; unos á otros, entregarse á placeres muy agradables, cultivar las artes, ser afortunados en el negocio, pasar sus días en la opulencia, verse col-

mados de honores; pero viven como ciegos.

Se nos va á tachar de orgullosos, presumidos y fatuos, por creernos de tal modo superiores al comun de los mortales, pero no deja de ser significativo que nuestros acusadores serán precisamente aquellos que estiman ser por la gracia de Dios muy superiores á nosotros, y que se figuran haber recibido del cielo la ciencia infusa revelada á algun pequeño mito terrestre por el creador del menton estelar del Centauro y por el constructor de la via lactea. La humanidad sabrá bien pronto que no existe otra ciencia, que la que se demuestra, y que la fé no es más que una forma que disfraza la ignorancia.

Mucho más orgulloso es quien se cree inspirado por Dios, que el que consigna que cuanto sabe lo ha aprendido con el trabajo y la energía de la voluntad.

Solo hoy entramos en la era de la instrucción real. Que cada cual aprenda á leer en el libro de la naturaleza que constantemente se halla abierto para todos los ojos; que cada cual illustre gradualmente su espíritu, y raciocinará mejor sobre todas las cosas y se hará decididamente justicia tocante á los errores del pasado, y nos elevaremos todos más y más cada día hacia la libertad y la luz.

CAMILO FLAMMARION.

CRONICA.

Se hallan vacantes dos notarias, una en Jativa y otra en Altea. Para solicitarlas hay un plazo de treinta días.

No tiene fundamento alguno la noticia de que se trata de variar el uniforme del ejército.

Más vale así; porque no está el tesoro público para gastos de esa naturaleza.

El concurso para el ingreso en el cuerpo de artillería tendrá lugar el 15 de julio, cuya convocatoria publica hoy la «Gaceta.» La edad mínima de los aspirantes será la de quince años para los hijos de paisano y catorce para los de militar, cumplidos el primero de setiembre próximo, y la máxima veinticinco, que no han de haberse cumplido en el referido día.

Hemos recibido las siguientes publicaciones que con general aceptación edita la acreditada casa barcelonesa de D. Salvador Manero.

El número 14 del «Semanao Familiar Pintoresco» y el cuaderno 43 entregas 340 y 347 de los «Procesos célebres de todos los países;» ambas publicaciones aunque de distinta in-